

## LECHO DE INSOMNIO

Francisco Nieves Calvo<sup>1</sup>

---

El alba, aún lejana.  
En esta hora,  
cuando el día comienza a tener nombre,  
emerges tenue  
desde el silencio y la penumbra,  
bordeando las orillas de mi insomnio.

Desdibujada, leve, tu presencia  
me hace evocar perdidas sensaciones.  
Aromas y sabores  
domésticos, primarios, cotidianos,  
llegan desde el olvido  
de una niñez remota.  
Brotan de mis profundidades abisales,  
de un laberinto espeso de recuerdos.  
Hojas de anís silvestre,  
canela dulce en rajás,  
ramilletes de yerbabuena fresca.

Los percibo uno a uno.  
Surgen junto a tu sombra  
y mitigan los nudos de mi angustia  
que, en estos duermevelas,  
conmueven las raíces, el follaje  
de este árbol cobrizo ya en otoño.

En madrugadas suaves, armoniosas,  
vienes azul, volátil,  
ofreciendo en el cuenco de tus manos,  
como antaño,  
oasis, nidos nuevos, clorofila,  
miel en panal y naranjas maduras  
que alivian el dolor de mi memoria.

En otras agitadas, angulosas,  
al vislumbrar tu ceño endurecido,  
quedo en agobio  
con mis arenas negras, abrasivas,  
mis yermos de ceniza y de basalto.

Anclado en mi vigilia,  
espero en vano el roce de tus dedos,  
el tacto maternal que no santigua  
a la frente febril que te adivina.  
Y te busco, palpando en el vacío,  
sin lograr que mis ansias  
puedan pulsar tus sístoles diluidos.  
No encuentro tus claveles ni tus trigos,  
solamente los ecos de tu nombre  
cada vez más distantes de mi entorno.

Vuelvo entonces, solitario, al insomnio,  
al soliloquio interno,  
aguardando que en otra amanecida  
queden las huellas tiernas de tus sueños  
en oquedades tibias, en mi almohada.

mayo-julio de 2000

---

<sup>1</sup> Asesor de la Facultad de Educación/ Miembro del Coloquio Universitario